

Grifo #43

Runrún: el camp de lo cotidiano

Un mismo rumor
Emilio Gordillo

Conversación con
María Henríquez Menéndez
a.k.a La Perrita Loka

Apreciaciones de una
lavadora centrífuga
Martín López

Cartas a mi queridísima
Francisca Alzamora

Formas de salir de casa
Matilde Roca

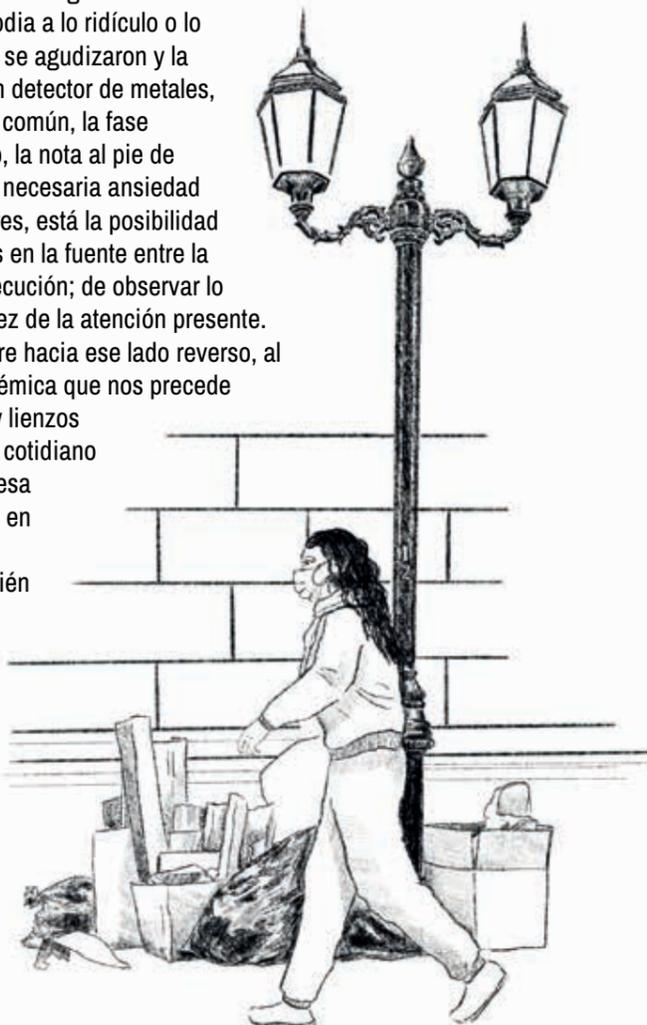


Editorial

Runrún: el camp de lo cotidiano

Como el solarismo, Nokia, el papel couché, Portugal, los taxis, Zalo Reyes: la Grifo, entre lo camp y lo camping. Según Sontag¹, entre las grandes sensibilidades, la tercera es la de la seriedad fracasada: teatralización de la experiencia. Y ante ese destino, dos vías de presentación: lo ingenuo triunfal (camp) y lo deliberado insatisfactorio (camping). Por verse queda hacia qué equipo se van los textos jugadores de esta edición, según el gusto por las ideas de quienes lean: un esteticismo, una manera de mirar el mundo, la experiencia del mundo constantemente estética por la amenaza del aburrimiento y/o la angustia. Ahí lo camp encuentra «éxito en ciertos apasionados fracasos», encarnando la dicotomía entre una corrupción de la inocencia, o una inocencia de la corrupción, con el uso hiperbólico, barroco, de comillas; un “poema”, una “entrevista”, un “ensayo”, una “revista”, un “estudio”, un “rumor”, un “éxito”, un “fracaso”, una “duda”. Nuestra afiliación con lo camp (o lo camping), nuestra ganancia y pérdida, es una manera de poner el parche antes de la herida hipotética, y hasta ahí queda el tema porque, como advierte Sontag, hablar sobre lo camp es traicionarlo. Pero seguimos a un segundo elemento:

en el dilema de ser o no ser, del camp o lo camping en la parodia a lo ridículo o lo ridículo de la parodia, la ciudad está convulsa, los escenarios se agudizaron y la revista ya descendió a los infiernos. La sacamos como con un detector de metales, para devolverle, quizás, su memoria. Pareciera que el estado común, la fase ninfa, larva o pupa, es un paréntesis más que un primer plano, la nota al pie de página por sobre un título. Ante un levantamiento de podios y necesaria ansiedad ontológica por llegar a las listas y documentos de unos nombres, está la posibilidad de hacer la vista a un lado, de ver a la chica que tira monedas en la fuente entre la muchedumbre en vez del hacha del verdugo bajando en la ejecución; de observar lo que sobra, lo que a primeras luces no es parte de la inmediatez de la atención presente. De ahí viene la intención de que en este número la revista mire hacia ese lado reverso, al modo de una convivencia con ramitas entre la actividad académica que nos precede y los momentos mundanos, no referibles, más bien soportes y lienzos básicos de lo literario. La oralidad comúnmente asociada a lo cotidiano –aunque esquiva– es fuente de constante literatura: nos interesa materializar y reflexionar sobre parte de eso que escuchamos en los entretiempos y los intersticios; los rumores, las voces del pasillo y el patio, de la calle y el transporte público, pero también de las reuniones privadas, las conversaciones típicas, los encuentros más íntimos, lo que se cuenta al oído a modo de secreto o cahuín: es el Runrún, el ruido confuso de voces del que somos parte a diario. Ese tejido literario del día a día surge por generación espontánea, creemos –lo dijo Aristóteles sobre el nacimiento de moscas y anguilas en el estiércol y el lodo–, como un rumor autosostenido, un tanto retirado de la urgencia de la dimensión política y moral, y así saludamos a esas singularidades pasajeras que van desapercibidas y componen el panorama de una literatura flotante. Nos invitan a la dispersión, permiso concedido para reclinarsse, arremangarse, encorvarse, mirarse el ombligo un rato, soltar el espanto, leer una cosita.



¹Notas sobre lo camp, Susan Sontag



Directora

Paloma Domínguez Jeria

Ayudante

Elena Meneses

Comité Podcast La Gotera

Galia Luque

Javier Fernández

Alfredo Yáñez

Martín Núñez

Betzabet Inostroza

Javiera Leyton

Nicolás Federsffield

Comité Producción

Valentina Zubicueta

Joseph Vargas

Pablo López

Sebastián Gutiérrez

Comité Editorial

Francisca Alzamora

Ignacia Guzmán

Alexandra Mora

Enrique Paredes

Úrsula Vallejos

Comité Diseño

Matilde Roca

Carolina Pacheco

Romina Lopresti

Sofía Contreras

Magdalena Salinas

Janis Morales

Cristóbal González

Comité Difusión

Ana Rosset

Victoria Maluenda

Tomás Jorquera

Catalina Donoso

Fernanda Brito

Bastián Ibarra

Ignacio Jeldres

Betzabé Delgado

Diseño, Ilustración y Fotografía

Filipa Briones

Julio 2022

Santiago de Chile

Escuela de Literatura Creativa

Facultad de Comunicación y Letras

Universidad Diego Portales

Esta publicación es producto del

trabajo realizado en el curso de Taller

de Revista, a cargo de la profesora de

cátedra Paloma Domínguez.

Índice

- 5** Archivo cartas encontradas | *Mariana Camelio*
- 6** Un mismo rumor | *Emilio Gordillo*
- 8** El bicho | *Josefa Miquel*
- 10** Lo que se dijo en un cumpleaños | *Enrique Paredes*
- 12** Cartas a mi queridísima | *Francisca Alzamora*
- 14** Estampas auditivas | *Carolina Reyes*
- 16** Otra chilena alcohólica más | *Galia Luque*
- 18** Suena Runrún | *Carolina Valeska*
- 19** Reglas de silencio | *Joseph Vargas*
- 20** Apreciaciones en torno a la lavadora centrífuga | *Martín López*
- 22** Conversación con María Henríquez Menéndez | *a.k.a La Perrita Loka*
- 24** Formas de salir de casa | *Matilde Roca*
- 26** Sobremesa | *Nicolás Federsffield*
- 27** Teléfono fijo | *Valentina Letelier*
- 28** Historia de suposiciones | *Isidora Campano*
- 31** A la cuenta de 3 | *Javier Fernández*
- 33** Mar alcohólico | *Úrsula Vallejos*
- 35** Reseña: El zorro y el sabueso fuera de Disney | *Elena Meneses*
- 38** Perrato | *Alejandro Palacios*



provincianos

@provincianos.editores

@provincianos.editores

www.provincianoseditores.com



INUBICALISTAS

@inubicalistas

@ediciones.inubicalistas

www.edicionesinubicalistas.cl



banda
propia
editoras

@bandapropia

@bandapropia

@bandapropia

www.bandapropia.cl

Mariana Camelio

Archivo cartas encontradas

I

el lago que se congela desde los bordes
es un pez que libero
abro las manos bajo el agua
quiero escribirte sobre cosas que no
conozco
el ácido en un músculo que se tensa
la variable aleatoria al tirar un dado dos
veces
la batería del computador se apaga
alguien se acerca y digo eres tú
ha llovido tanto
que ya no sé dónde estás
el régimen de un río
describe por un año su comportamiento
el agua sube en el deshielo
sumerjo las manos
intento medir el desborde
anoté los centímetros
te adjunto aquí el documento

II

el arco de tu espalda se tensa
sueño con un ciervo de patas doradas
bajando una pendiente
levanta la tierra con los pies
las nubes de polvo son azules
tengo un trapecio en el cuerpo
mi espalda la prolongación de la lengua
el ciervo lame el musgo de las piedras
levanta la cabeza
te miro a los ojos
tu mano firme en mi columna
sueño con un ciervo que camina por la
playa
agua quieta
el viento excava la copa de los árboles
te escucho respirar
nosotras también un bosque
un suelo húmedo de hojas
restos de un muelle que se oxida
ser un animal que brilla
me dices
vámonos juntas
y la idea permanece
esta carta tira de ella



Emilio Gordillo

Un mismo rumor

Rastreando un rumor mayor, Emilio Gordillo considera un panorama tentativo de cierta literatura que opera con o en el rumor; voces que corren como pistas heredadas de las intuiciones de escritoras y escritores que, al seguirlas, se encuentran con un entramado aún mayor de ellas, alimento de un mismo rumor. Y este, como un Yggdrasil de los rumores, no deja de ensancharse.

Hace ya unos diez años, Eugenio Santángelo me habló de un pasaje en *2666*, el libro de Roberto Bolaño que sugería, en ese entonces, ciertos rumores hallados en el trabajo de Sergio González Rodríguez, el periodista que entendió, gracias a voces territoriales, el murmullo que recorría Ciudad Juárez y el norte de México y que, como las esporas, desperdigaba signos urgentes sobre violencias de género que nos llevaban, a su vez, en un hilo de lenguaje, desde la Sonora del cambio de milenio hasta la Segunda Guerra Mundial, y ese escritor misterioso —rumor encarnado— en torno al cual se articulaba la novela: Archimboldi. Abruptamente, ese rumor se volvía pornografía en el capítulo “*La parte de los crímenes*, donde el lenguaje judicial se encargaba de destruir la experiencia, la denuncia y la reacción mediante acumulación y “transparencia”, en el uso maquinal de la escritura informativa y judicial.

He ido hasta el librero y he abierto ese libro, *2666*, tratando de buscar el fragmento que me insinuó Eugenio para citarlo aquí, pero sus más de mil páginas me hacen pensar que, a pesar de esa marca geológica que es la escritura, quizá la función del rumor sea, precisamente, esta: ser un espacio más o menos libre, no serializado, etéreo y ambiguo. Productivo en el mejor de los sentidos, y esto significa productivo para la vida, y en relación al valor de uso más que al valor de cambio. El rumor es la disputa misma de algo en la lengua. Lo que debería ser cualquier “cosa”, cualquier res: esto es, un asunto en disputa, algo que implica una puesta en acuerdo, algo que requiere ser convocado y gestionado entre muchos.

La escena que me sugirió Eugenio, en *2666*, era más o menos así: un rumor arrastrado por el viento en el patio

de Amalfitano —el desierto de Sonora—, se colaba por entre las prendas de un tendero y la ropa interior de su hija, una brisa inquietante que provenía del desierto para luego entrar hasta la sala e instalarse ahí, en el espacio de lo íntimo donde él y su hija habitaban. Este ejercicio de estilo de Bolaño nos recuerda que el rumor es un elemento importante en la consideración de los ecosistemas y que hay algo misterioso en él, un espacio de revelación, algo que se vuelve a velar una y otra vez en el lenguaje y a través del tiempo, tal como lo señala Piglia en *Respiración artificial*, fabulando a Kafka. El rumor nos permite oler entre los signos de hoy lo que se cocinará mañana.

Manuel Puig es otro maestro en el uso del rumor. Su caso es muy significativo porque se le tildó de superfluo, peyorativamente, por usar el lenguaje del chisme y lo popular como materia prima de sus obras. En *Cae la noche tropical* prima el chisme. Dos hermanas evocan su propio pasado, mientras rumorean sobre la vida de una vecina mucho más joven que, en realidad, viene escapando de la Triple A y ha llegado a vivir al lado de esas representantes de lo peor que tienen las nuevas clases medias latinoamericanas. Es a través de ese rumor, de ese chisme, que se nos muestran espacios perturbadores, así como la verdad material de las mal llamadas “novelas rosa”.

“(…) quizá la función del rumor sea, precisamente, esta: ser un espacio más o menos libre, no serializado, etéreo y ambiguo. Productivo en el mejor de los sentidos, y esto significa productivo para la vida, y en relación al valor de uso más que al valor de cambio. El rumor es la disputa misma de algo en la lengua”

Para Floriberto Díaz —el filósofo mixe que sistematizó una ontología de lo común, la *comunalidad*—, el rumor

es algo que, lamentablemente, en los 70, ya se estaba perdiendo en Tlahuitoltepec, su pueblo. Rulfo recorrió buena parte de México para entender ese enigma que significa el mestizaje latinoamericano, y de hecho Luvina, el famoso pueblo de su cuento, está muy cerca de Tlahui, y ambos territorios corresponden un conjunto de comunidades con autonomía alimentaria, jamás vencidas por ningún colonizador en más de quinientos años. Rulfo siguió ese rumor que Floriberto Díaz ya extrañaba en las asambleas comunales a fines de los años setenta del siglo pasado, y llegó hasta su pueblo. En un pasaje de su obra escrita compilada por UNAM, Floriberto se queja de que los “educados” que salieron del pueblo y regresaron, trajeron consigo la votación democrática, la mano alzada, los turnos, y que eso es un problema pues, lo común era más bien un enjambre de rumores, con una valiosa lógica interna mucho más participativa que la democracia occidental a la que nos hemos acostumbrado delegando un voto cada cuatro o seis años. A los representantes de las comunidades mixe no se les delegaba con un voto nada más, sino que debían recoger los rumores agrupados para legitimar todas las demandas de la comunidad, incluso las menos alineadas con las propuestas de la gran mayoría. El rumor, ese zumbido de abejas, era un pilar de una comunidad que, valga la redundancia, ha sistematizado filosóficamente, hasta hoy, los preceptos de lo común. Complejidad y riqueza.

Cristina Rivera Garza llegó hasta Luvina siguiendo los rumores que oyó Rulfo y que extrañaba a Floriberto Díaz. La mirada de Rulfo era un foco ineludible para la escritora. Ambigua, inapelablemente canónica y rectora para las escrituras latinoamericanas y su complejidad, resultaba ser la misma visión que permitía adelantar los procesos de modernización que barrieron con tantas diversas formas de vida a lo largo y ancho del continente. Las fotografías de Rulfo, tan valoradas en el mundo del arte, en realidad

también habían cumplido la función de ser la avanzada de la modernidad y el capital en megaproyectos como Papaloapan, que inundó comunidades y formas de vida. Entonces, cuando Rivera Garza decide ir hasta ese pueblo, siguiendo la intuición del rumor, promueve un giro clave para entender las relaciones entre rumores y escrituras en América Latina. Ese giro es tan simple que parece obvio: en vez focalizarse en el escritor, le preguntó a la comunidad por Rulfo, es decir, le preguntó a quienes construían esos rumores por el recopilador y observador que, alguna vez, pasó por aquel pueblo y se apropió del rumor. La respuesta es simpática, y hasta humorística. Una señora dijo que sí, que se acordaba de Rulfo, y que incluso habían leído su libro pero, como ella misma podía ver, aquel no era ningún pueblo de fantasmas...

Rumor viene del Indoeuropeo reu-l. Significa *rugir*. Remite a una materia feral, salvaje. Hoy, como sucede con el tremor de los terremotos, podemos oír ciertos rumores del planeta. Un glaciar resquebrajándose aquí, una, dos, cien especies extinguiéndose allá, veinte pueblos inundados aquí, cien, doscientas mil, millones de personas migrando de climas inhabitables. James Lovelock consideraba al planeta como un organismo vivo. ¿Cuántos rumores circulan a través de ese organismo vivo? Eduardo Kohn dice que la comunicación se exagera en bosques y selvas, y recurre a un lingüista como Pierce y a un habitante de una comunidad ecuatoriana para desmadejar esos rumores. Resulta urgente reconocer esos rumores, darles un lugar, interpretarlos bajo una luz que no sea la de los mercados. A mí me tienta creer que es el mismo rumor del que me hablaba mi amigo Eugenio, en ese libro de Bolaño. Es la vida comunicándose, la biopolítica en el sentido más amplio de sus posibilidades, excediendo lenguajes humanos, incluso. La vida entrando en la escritura, pero no ya solo humana, sino también en otro tipo de soportes, interfaces y registros que entienden lo mediático como algo, en realidad, geológico, en temporalidades profundas, misteriosas como el mismo rumor.



(*)Este texto forma parte del Proyecto postdoctoral FONDECYT No 3200572 (2020-2022). Universidad Diego Portales: «Políticas de lo común ante procesos de expropiación y saqueo necropolítico: escrituras impresas y digitales latinoamericanas e hispánicas del siglo XXI».

Josefa Miquel

El bicho

El bicho es un llamado atento desde la noche oscura del alma, un acercamiento breve a los límites del imaginario habitual que rompe incluso con la lógica del secreto.

La primera vez que lo conté fue como anécdota de sobremesa, iba en la tercera copa de tinto y la gente a mi lado se reía de no sé qué cosas. Yo apoyaba los codos en la mesa y contemplaba la imitación que hacía la Amanda de sus sobrinos. El gordo se balanceaba en su silla con cara burlesca y no miraba más que a la vela del centro. En mi hombro estaba apoyada la Luz, que entreabría los ojos cada tanto por las risas fuertes, pero que luego los volvía a cerrar. La Luz es ese tipo de persona, del tipo que sin pudor se duerme en eventos sociales, aunque ya no sé distinguir si es por sueño o por toda la mierda que se mete. No recuerdo al resto, creo que fumaban en la terraza, o tal vez los esperábamos; a alguien esperábamos, por eso empezamos a jugar. El gordo propuso la idea. Me miró. Yo sé que me miró, de arriba abajo, casi se saboreó los labios, casi me imploró que lo calentara. Era un asqueroso, siempre lo ha sido. Sé que cuando digo esto —y sólo lo digo para mis adentros, ni siquiera se lo he comentado a la Luz— sueno como un homofóbico reprimido, pero no se trata de eso. Él siempre busca donde no hay nada que encontrar, esa misma noche ya se me había insinuado dos veces. Pero yo no tenía nada. Yo tenía a la Luz.

—Historias —dijo el gordo, el arte de contar historias. Entonces partió: una vez, en el sur cuando pendejo, cerca de Consti, ¿te acordái, Amanda, que fuimos el año pasado?, sí, ese camping cuma cerca de la playa. Una vez en la mañana fui a cagar debajo de un árbol, no me gustan las letrinas. Fui con el Choco, ninguno lo alcanzó a conocer. Era un quiltro feo pero alegre, me seguía a todos lados y dormía conmigo. Cagué debajo de un árbol y el Choco se quedó como estatua y me miró. Y no me dejó de mirar. Cuando terminé, se acercó y empezó a comer mi mierda. Se la devoraba y se saboreaba contento. Yo sabía que no tenía hambre, no comía tanto y le había dado comida recién. Esto era puro placer. Cuando lo quise parar me gruñó. Al día siguiente, el Choco se había ido. Nunca volvió. Siempre me lo imagino vagando por los campings, buscando caca debajo de los árboles.

La Amanda del otro lado dijo —mis sobrinos chicos me miran las tetas todo el rato. Aparte son gemelos y no los distingo. Me ponen nerviosa, pero me da pena decirle a mi hermana que sus hijos son depravados. Yo cacho que ya sabe igual. Tengo treinta y dos, ellos ocho, y cuando les hablo se les van los ojos. Cuatro ojos en mis tetas todos los fines de semana po. A veces hasta se rozan conmigo ahí, de hecho creo que se les para un poco, no estoy segura igual, pero algo se ve, ¿se puede tan chicos?

La Luz abre los ojos y se estira en su asiento. Los otros dos tipos me miran. Y entonces la tiro: una vez atropellé a un bicho.

Por un segundo nadie dice nada. Rompo el silencio con una risa falsa y chillona, de esas que cuando los demás la sueltan me hacen sentir incómodo. De todos modos, los demás me siguen, mientras que la Luz me mira extrañada. Mi risa se extingue rápido. El ambiente se torna incómodo, no sé por qué. Me vuelven a mirar.

—Explícate

—...

“Por un segundo nadie dice nada. Rompo el silencio con una risa falsa y chillona (...) El ambiente se torna incómodo, no sé por qué”

La segunda vez que lo conté fue con la Luz, solo los dos. Ella acostada en mi cama con gotitas de sudor en la cara, con su sonrisa de disfraz y sus ojos con dolor. Yo haciendo como que no me daba cuenta. La Luz con toallas de baño entre las piernas, toallas con sangre. Aguantando, rogándome, que todavía no llame, que la Misotrol son diez horas, que es normal, que la distraiga. Cuéntame algo, cuéntame cuando atropellaste al bicho, cuéntamelo de nuevo. Cuando ibai al Cajón por el camino antiguo y ya estaba oscuro. Ibai en el Yaris gris, ¿te acordai? Lo vendiste hace años. Sentiste un golpe seco y brusco. Sentiste sudor frío y por un segundo te dio risa. El sudor frío era tan de novela, no de libro, de novela, tan de película, tan cliché, pero tan real. Bajaste resignado a morir. Pensaste en la culpa y te imaginaste a un niño, un

niño bonito y bien alimentado, un niño caminante, un peatón nada ordinario de la carretera en la oscuridad. Pensaste en el juicio, en la mamá desconsolada, vuelta loca de dolor, arañándose entre mucha gente frente a las cámaras. Pensaste en la cárcel, de esa vez cuando fuiste a la Peni antigua y viste las llaves de paso rotas y llenas de mierda. Pensaste en cosas profundas, en el encierro eterno y en la pobreza marginal. Pensaste en mí. En ese entonces tu amiga con ventaja, tu algo más. Y entonces lo viste: no era el niño gordo y rubio.

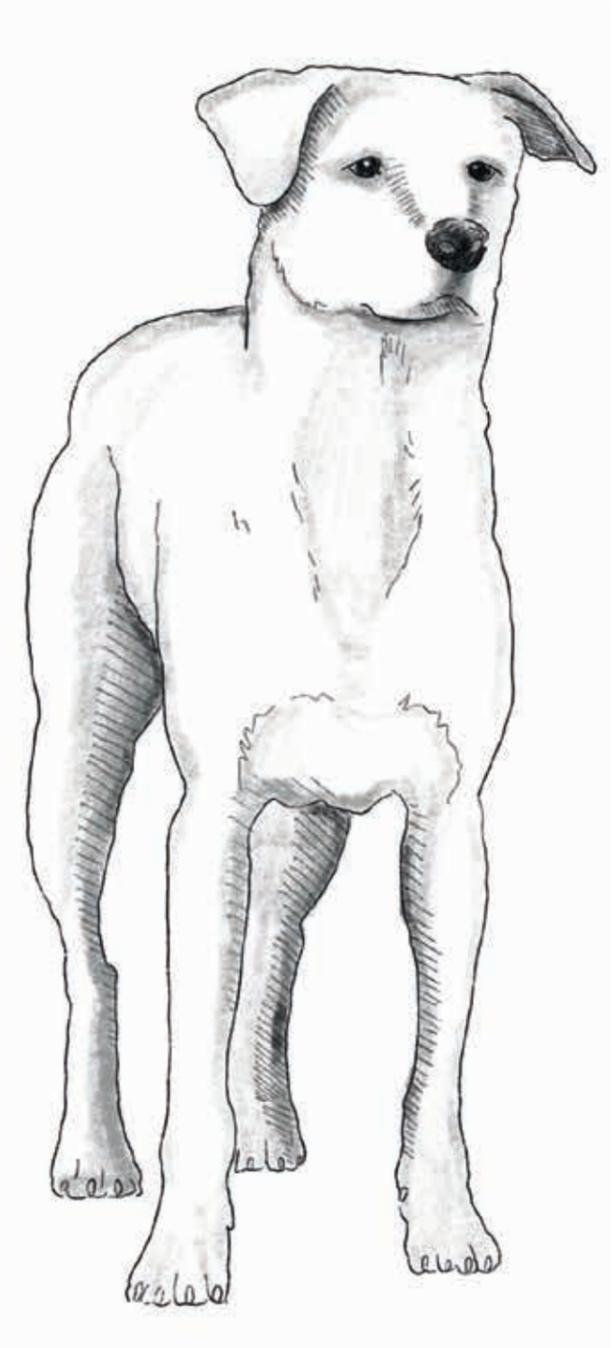
—Ya vamos, Luz, es mucha sangre, vamos por si acaso.

Déjame llamarla por lo menos, ella dijo que la llamáramos cualquier cosa o si teníamos preguntas. Un rato más, termina la historia, solo me falta lo último. Y entonces lo vi. Tenía seis patas y dos antenas. Y un caparazón y una herida. Y su sangre no era azul ni amarilla, era roja como la tuya, Luz. No paraba de salir. Y el bicho se quedaba ahí, hundiéndose en su charco de sangre roja, con su respiración lenta y profunda, como si no fuese eso lo que lo rodeaba, como si estuviera en su cueva una noche cualquiera y no en la carretera desangrándose. Yo me quedé allí, mirándolo y de repente cerró los ojos —porque eran ojos, casi tan oscuros como los tuyos— y me acordé de esa frase de Cortázar que te gustaba tanto, que susurrabas siempre cada vez que no podías dormir, imperceptible, casi como un mantra. Ese paréntesis de la realidad. Moví el cuerpo hacia la berma. En mis brazos sí se sentía como un niño, y pensé que me gustaría tener un niño gordo, rubio y tibio. Nunca lo dejaría caminar solo. Le daría la mano y él agarraría con esfuerzo mi dedo índice. Se escondería en mis piernas cuando tuviera miedo. Al dormir, yo estaría ahí, y cuando despertase, me miraría y entonces yo sabría. Sabría que me quiere.

—Ya está pasando, ya apenas me duele.

—¿Pasó la sangre?

—Sí, ya casi no sale. Voy a dormir un rato, tengo sueño.



Enrique Paredes

Lo que se dijo en un cumpleaños: ni leer, ni escribir

Quien escribe es testigo de una conversación informal, como si hubiese sido parte de ella. Así, se adentra brevemente en la vida e imaginario de quienes comparten un cumpleaños.

Aviso: Esta conversación –nada muy memorable, sinceramente– la escuché de casualidad, leyendo detrás de una enredadera que me tapaba, dándome la oportunidad de acercar la oreja y escuchar, como una rata, como si estuviera ahí sentado en la misma mesa.

Era un cumpleaños en la casa vecina a la que yo estaba cuando empecé a escuchar por el otro lado del muro. Llegué a la mitad de la historia que contaba un viejo, y desde ese punto, sin modificaciones, esto es parte de lo que oí:

Vieja 1: ¡Síiii!*

Vieja 2: ¿Así empezó?

Viejo 1: Así empezó... Un tiempo después, lo encontré con la tienda ¿en el Full Tennis? Ahí, hoydía, su socio es, eh, el de La Peña.

Vieja 1: (Asombrada) No...

Viejas: (Igualmente asombradas, un cuchicheo ininteligible)

Viejo 1: El de La Peña. Ahora, el gallo- el gallo salió dos veces ganador como emprendedor de Chile por el Banco Bci, y hoy día la mitad de las canchas de teni- (se le cae algo al suelo) Chucha. (Sigue) La mitad de las canchas de tenis DE SANTIAGO... él fue dueño con Horacio *Apellido censurado*. Y el weón, no sabe NI LEER NI ESCRIBIR. No sabe ni leer, ni escribir...

Vieja 3: La supo hacer po. Tiene unas habilidades de alguna forma, tiene unas habilidades sociales, no sé cómo se puede llamar, habilidades de-

Vieja 2: (La interrumpe) Ese cuento, ese cuento de no saber leer ni escribir. Yo lo sé de varias personas aquí en Chile, que es increíble ¿ah?

Viejo 1: (Enfático) No sabe: ni leer, ni escribir.

Vieja 3: Yo también he conocido gente de mucha plat-

Vieja 1: (La interrumpe) ¡Que han perdido harta plata por-

Vieja 2: (La interrumpe) ¡Bueno! (Gritos de loros impiden escuchar) (...) hay un libro de Moby Weasley que cuenta la historia de un gallo que no sabía leer ni escribir ¡Y por no saber leer ni escribir! Fue millonario...

Vieja 3: Ahhh.

Vieja 2: Porque, si hubiera sabido leer y escribir, habría estado trabajando en una parte donde de ahí, no habría salido.

“Y el weón, no sabe NI LEER NI ESCRIBIR. No sabe ni leer, ni escribir...”

Vieja 1: Posiblemente...

Vieja 3: Posiblemente.

Vieja 2: Oye, ¡muy weno ese liibro!

Vieja 1: ¿Qué libro será?

Vieja 2: Ay, cómo se llamaba ese libro...

Vieja 4: Hay un, eh hay un-

Vieja 2: (La interrumpe) Tú tienes que haberlo leído.

Vieja 4: (Continúa) Hay un... hay un lema español que dice: Más discurre un hambriento, que cien letrados.

Vieja 3: Y no es chiste.

Vieja 4: No es chiste.

Vieja 3: Es como cuando una dice, este gallo, este gallo... Cuando tú decí: este weón, no se va a morir nunca de hambre, porque es un perro e la calle. Oye y la gente... (Se aleja)

Vieja 1: (Alejándose) Oye, la empleada de la Mariana sabía leer y escribir con una letra preciosa... (Se aleja y deja de escucharse)
(Unos minutos después)

Todas las viejas cantan en coro: ...Cumpleaños a ti (a ti, a ti) CumpleAaaños Ismita... ¡Qué los cumplas feliz! (Aplauden y celebran)

Viejo 1: La foto, la foto, la foto, la foto, la foto, la foto, la foto.

Todas las viejas: ¡Bravo!

(Aplauden)

Vieja 1: Lindapreciosa, hermosa. YA.

(Sacan una foto)

Vieja 2: Qué lindo...

Vieja 3: ¡Qué buen cumpleaños!

Vieja 4: ¡Mínimo diez años más!

Viejo 1: (Se ríe) Mínimo.

Vieja 3: Oye, Pato. Esta torta la hace una argentina que vende unas empanadas... maravillosas.

Vieja 1: Me cautiva esta torta. Es la única que me como.

Vieja 3: Ma-ra-vi-llo-sa. Y es con dulce de manjar ¡argentino!

Vieja 2: ¡Che!

Vieja 3: ¡Che!

Vieja 2: ¡Yo viví en Argentina también!



*1Por fidelidad a la naturaleza oral del texto, se mantienen informalidades gramaticales y de redacción. Aplica desde este punto en adelante.

Francisca Alzamora

Cartas a mi queridísima

Querida mía:

He preguntado por ti, y no te he encontrado. Tu nombre hace ecos en las bocas necias de engendrar palabrería. Retumban en las murallas, se lanzan discordes y quiebran tu amado silencio. Y desde mi centro, no oigo nada, querida.

II

Qué fantasías de sombras fuiste a habitar. Tu mundo mágico no existe sin ti. Danzan tus pies sobre un reino perdido y en las huellas abandonadas las llaves que olvidamos.

III

Enero es comienzo y también asesino. Es sábado en la noche, presagios terribles arden mis entrañas. Presentimiento afilado, agónicas esperanzas. No tengo noticias de ti.

IV

Las palabras descienden por la cuerda telefónica y caen como sables rendidos en el alma.

V

Supé que te internaron. Dicen que estás enjuta y que luego te pondrás gorda de tragar fármacos.

VI

Querida, el frasco de ponzoña se ha derramado, vierte corrido en las lágrimas de tu padre. Tu madre las recoge sobre sus manos. Juntas, elevan en un rezo la ofrenda donde fueron a parar las aves, en las cumbres nevadas de los árboles divinos. Cantaron

frente a las rejas doradas, y del canto, nacieron los himnos heridos. Palpan las sorderas de las gélidas deidades hechas de piedra.

VII

Las agujas florecen en la piel como dulces amapolas.

VIII

Las enfermeras dicen que eres buena. Sus miradas condescendientes y sus caras presas de muecas que aprendieron luego de tanto sosegar la insania.

IX

Al borde de la cama recitarás tus versos favoritos, devota y en silencio. Los secretos son guardados en cosas pequeñas; susurros, agujeros en el colchón y por debajo de la lengua. Tú sabes bien. Anticipas cada movimiento de una inspección intrusa.

X

Amiga mía, nuestro pacto permanece sellado —no pronunciarás la palabra— nunca más.

XI

Los días pesan como nubes colmadas. Pienso en lo venidero, en el día que tu nombre será tachado.

Se abrirán las puertas, me hablarás en otro idioma, yo me habré vuelto analfabeta.

XII

Odio las circunstancias despierto y maldigo.

XIII

¿Me reconocerás en las palabras que te escribo y no pronuncias? Necesito oírte. A solas. Bajo las polifonías de los mantos, hojas de árboles meciéndose. Las aguas de sal cristalina se recogen. Crujen los granos de arena, se rinden. En medio oigo tu voz

XIV

Mi queridísima:
La sangre hervirá abrasadora por mis palmas para acunar a tu cuerpo menguado
Pero tú te harás más magna,
y abrirás los abismos que hay entre las paredes lúgubres de ese hospital y en las niñas que no volveremos a ser jamás

XV

*Siempre
tuya,
X*



Carolina Reyes

Estampas auditivas

Carolina Reyes presta atención a aquello que, a pesar de que permanece en nuestro alcance, bajo nuestras narices, enfrente de nuestros ojos y bien de cerca en nuestros oídos, termina perdiéndose entre la inercia inevitable de la vida moderna.

Hace más de seis meses que me despierto con ruidos de maquinaria pesada: taladros, motores, y algún que otro grito de trabajador. Vivo en un sector que cada cierto tiempo es acosado por constructoras y yo, desde mis ventanas, cuento al menos once grúas torre en donde se construirán nuevos edificios. Como ya estamos volviendo a la calle después de la pandemia, he salido varias veces a hacer trámites. En uno de esos viajes recordé a un amigo ya fallecido, Andrés, que en una fiesta nos comentó que le gustaba salir siempre con sus audífonos, además de su celular, porque así sentía que estaba en su propio video clip mientras se trasladaba por micros o estaciones de metro. Para mí es una forma de controlar la bulla externa.

El ruido ambiente ha cambiado con los años, antes eran solo sonidos urbanos clásicos como los medios de transporte, frenazos o un choque, pero ahora se le suman las estridencias de faenas contratistas, gritos de marchas y acentos extranjeros. La ciudad ha cambiado de forma radical, no solo en su imagen, sino que también en el sonido: Santiago no se escucha igual que hace cinco años atrás.

Fui por la cuarta dosis contra el covid al hospital más cercano de mi casa, la fila era kilométrica, detrás mío había tres personas: madre, hija y su pololo. Conversaron largo y tendido, primero del clima: “qué frío hacía ayer, menos mal que hoy hay solcito”, luego alguien agregó un comentario sobre la extensión de la fila “la cola es larga, pero yo soy optimista y sé que nos vamos a vacunar” y después acerca de la vida pandémica “ahora hay clases por internet”. “Yo entro a la clase online con la cámara apagada y sigo Durmiendo”- comentó de pronto el joven y las dos mujeres le celebraron la descarada pereza.

Después de hora y media, logro entrar y conseguir un asiento en el vacunatorio. A mi lado izquierdo, veo a una joven venezolana que le envía mensajes de WhatsApp a su amiga con la intención de darle ánimos por la dificultad –y la demora– que significa conseguir papeles para arrendar un departamento y tener una renovación de pasaporte. Mientras que a mis espaldas una señora mayor le aconseja a alguien, por llamada, que no pase por ciertos lugares camino a su casa, porque a esa misma ahora hay desmanes. Ella y la persona en el teléfono, tratan de acordar un momento para reunirse el fin de semana, pero todo queda en nada, entonces la señora se despide diciéndole: cuídate, cuídate, hija. Luego de cortar, conversa con una mujer joven sobre su familia, le cuenta que uno de sus hijos vivía en Los Andes, que era suboficial del ejército y que a ella, sus nietos no le decían abuela, sino que Techí. La joven, que la escuchaba muy atenta, comenta amargamente –refiriéndose a la corrupción de dicha institución–: ahora se está sabiendo toda la verdad, es una pena.

“(...) en términos sónicos, todo se vuelve tan caótico, que no se dan cuenta de que es el fin de un ciclo”

Cada cierto tiempo, sale un hombre del centro médico con un megáfono voceando una letra y un número, confirmando el grafema con un sustantivo ad hoc para que la gente no tenga dudas:

C de casa, c de casa, c34, 35, 36, 37, 38, 39, 40.

Una bandada de loros que están cerca del parque, al frente del hospital, graznan fuerte y casi al unísono, da la impresión de que exigieran algo, tal vez una seria demanda colectiva. A mí se me ocurre que es una señal de lluvia, como decían antes las abuelas cuando escuchábamos trinar a las aves. Sigo esperando, mientras otra mujer a mi lado derecho comenta “es que

estoy aquí esperando y van en la c40 y yo tengo el e47”, oigo eso y me siento afortunada de tener el número d50. De pronto, recuerdo el único tema de Sabina que me agrada, se llama “ruido” y en él, se aborda este hecho como recurso literario. En tiempos de rumba, se muestra el lento descalabro de una relación amorosa, donde, en términos sónicos, todo se vuelve tan caótico, que no se dan cuenta de que es el fin de un ciclo. Entonces casi al cerrar la canción, se le habla al ruido directamente: “ruido mentiroso”, “ruido entrometido”, “ruido mal nacido”, “ruido yo no he sido” y también se le pregunta “ruido ¿qué me has hecho?” o “ruido ¿a qué has venido?”. Los sonidos fuertes y por lo tanto, el ruido, significan confusión, desestabilización y desorientación.

Estar en una fila por obligación creo que es lo más cercano a sentirse coaccionado o quizá raptado, a manera de un secuestro exprés. Todos los adultos allí, amaestrados socialmente para no ser disruptivos, mascábamos en silencio, la total incomodidad de las esperas en fases que plantean los hospitales y los Cesfam para las vacunas contra el covid. Sin embargo, como los niños perciben rápidamente el sin sentido de lo que hace la adultez para vivir en conjunto, un chiquito de siete años llora diciendo: “me quiero ir de aquí, me voy a ir de aquí, quiero irme a mi casa”. La opinión más certera y lúcida que escuche en toda esa eternidad antes del pinchazo.



Galia Luque Milla

Otra chilena alcohólica más

Una mujer de sesenta años. Sesenta redondos. Alcoholismo y un cotidiano doloroso plagado de reflexiones en torno al cuerpo y espacio en un día a día confuso, en el que la realidad se difumina por el estado de ebriedad de la protagonista.

Supongo que las cosas pierden el sentido. Estaba bien mirarse en el espejo, ponerse rímel y rouge, tocarse la piel y estar ahí mismo, con la misma columna vertebral irguiéndote, con los mismos pies amarrándote al suelo desde hace sesenta años. Jubilarme, según lo que entendía, iba a ser el momento más feliz después de tantos años perdidos enseñando a leer y a escribir; había tenido un niño desapegado que no necesita que le sostuviera el lápiz para formar una O y a mí me parecía lo más lindo del mundo que fuera más inteligente que sus compañeros. En el espejo estoy yo, todavía, con algunos pelos negros y duros en la pera. Pienso en cocinarle algo a mi niño, un tomatacán o fideos con choritos y crema, pero cuando lo llamo está en una reunión y los fines de semana viaja a ver a mi nieto a Concón. Le pido verlo, no tan seguido porque nunca me gustó esa polola de él, estoy segura que la guagua va a ser igual de desagradable y maleducada que su madre. Me entristece, no puedo mentir, cuando me dice una fecha y una hora, arreglo la mesa y no llega. Mi niño nunca me llama para pedirme disculpas, pero manda un auto con mercadería a mi casa, con calzones color beige y jabones con olores tropicales, y yo prefiero botar todo el paquete a la basura porque no me merezco ese trato.

Había intentado matarme un par de veces desde que jubilé: dejé el gas abierto conmigo encerrada en la cocina, solo duré un par de minutos por el susto que me dio; me corté un pedacito de piel de la muñeca, me pareció demasiado estúpido hacerse daño así; también había intentado tirarme por el balcón, pero el vértigo me superó y terminé con la presión baja y sudando frío. Uno debería ser suicida en la adolescencia. Los casos de suicido en los colegios siempre son entre los treces, los catorce, los quince. Daban tanta

pena los padres con ojeras y los ojos cristalinos contando como su Paulita o su Michel habían intentado matarse con una sobredosis de Clonazepam o se habían cortado las venas en la ducha. Pero tengo sesenta, sesenta redondos, y pensar en suicidarme es una tontería, porque no estoy deprimida, solo que no tengo idea qué hacer con mis días y con lo poco de vida que queda.

En el consultorio me dijeron que era normal, que a cierta edad deprimirse no es tan raro, los viejos también cometían actos de autoflagelación, y la chica de pelo negro que no me miraba y solo anotaba cosas en el computador me dijo que Hitler, entrando en los sesenta, también se había suicidado. Me dieron quetiapina para dormir. Pasaron los días y simplemente dejé de pensar en colgarme con el cordón de la plancha.

“Tuve que acercarme, feliz de verme tan extraña, tan poco joven”

No busqué si era malo o bueno, ni siquiera los efectos secundarios, pero según yo, me hacían sonreír. Tenía energía y había armado una semana con cosas chicas para hacer: barrer la escalera de mi edificio y pasar Poett olor a lavanda, colgar las luces de navidad, e ir a comprar mercadería. Soy la vecina sola, la viejita que lava la ropa a mano, cocina para tres o cuatro días, la que cada dos semanas va al supermercado del mall, esos grandes con una docena de guardias dando vuelta. No sé cómo explicarlo, era ansiedad por ir a comprar, quería sentir los paquetes de fideos, mirar los cartones de huevos y ver que ni uno estuviera roto. Cuando llegué, el supermercado tenía su propio aliento, denso de gente, denso de cosas calientes y frías, denso de plásticos hediondos. En mi carro hay jabón de afrocho, champú para pelo débil, leche sin lactosa, Stevia, café instantáneo y chocolates y galletas. No sabía qué pan llevar, pedí permiso a los guardias que vigilaban a una

mujer embarazada con un coche y sin querer vi a alguien. Me he visto varias veces hoy, lavándome los dientes, por ejemplo, pero en el reflejo del vidrio de un refrigerador estaba un cuerpo ensanchado por la edad, la joroba, el pelo gris. Tuve que acercarme al refrigerador para estar segura, y vi que éramos las dos iguales, esos ojos del reflejo se movían al mismo ritmo que los míos. Tuve que acercarme, feliz de verme tan extraña, tan poco joven.

Ayer no era así, mi cuerpo era elástico, mi cuerpo ayer era otro. Y hoy, en este supermercado, soy una masa deforme con tarjeta de crédito y un carro de sabores lánguidos. Los guardias del supermercado se rieron de mí cuando me vieron con los ojos pegados en el refrigerador, dijeron que los años no pasan en vano.

Tomo y fumo y vuelvo a tomar, además de los cortitos, también le doy besitos en la boca. Uso la cámara del computador para sacarme fotos desnuda, se ve un pote flácido que me encanta. En el baño, el wáter también se puso a la moda y está pegado al techo, junto al sopapo y el cloro. *Bájate mierda*, y el wáter no baja. Hice pipí en la tina, y me aguanto los cólicos que me dan por el pisco que estoy tomando. Mis muebles no dejan de jugar conmigo, porque

suben y bajan a su antojo, y me dan tanta envidia, porque a mí también me gustaría estar pegada en el techo. El ruido es el de los bichos zumbando, los muebles que estaban conmigo se pegaron junto a los otros. Y no lo puedo creer, porque los había comprado y cuidado con líquidos especiales, y se niegan a ser parte de mi decoración. No tenía donde sentarme, hasta mi cama decidió ser parte de la muchedumbre que ennegrecía mi techo blanco. Mis muebles no me quieren, así que empecé a usar las botellas como decoración: en un día hice una sillita de botellas azules, no era muy cómoda, pero servía para sentarme a mirar la plaga. Mis muebles no quieren ser parte de mi vida. La tele se prende e intento verla, pero se da vuelta, esconde la imagen para que no la vea, así que la rompí tirándole una de las botellas. La pantalla y la botella se quebraron, y los muebles están mirándome asustados.

“Voy a salir, y espero que cuando vuelva estén en sus lugares, maderas de mierda”. El sol está escondiéndose y voy a comprar unas galletas de limón y un agua tónica. En el kiosko doña Mecha me mira asustada y le pido cambio para jugar a las máquinas. Gano dos mil pesos. Podría verme bien siendo ludópata.



Carolina Valeska

Suena Runrún

Psicosis
 psicosis colectiva
 inhalar una pipa
 vaho helado de chupar tabaco
 el arte de comprender un momento
 lluvia hipnotizante
 habladores que siguen gritando
 mientras escuchan

Algo colectivo-difícil
 e innombrable
 estaba ocurriendo
 frente a sus ojos
 y la niña temía que se le escapara
 así como la mitad de sus ideas
 en el transcurso de una micro

Laten las gotas en el cemento
 conversan las aves
 cotilla de vecinas
 colilla de cigarro
 la frase muda entre mirada y mirada

Peligrosamente
 ponerse a escuchar
 el sonido de las voces
 contando la verdad
 run-run
 la corrida de una moto
 adelantándose a un camión
 descuidadamente
 el camionero suelta
 un escupo
 un juicio
 sobre la calle fría
 empapada de temores



Alicia había escuchado que en Toesca
 una sombra
 en la plaza de Toesca por las tardes
 ese día, con sus audífonos puestos
 izquierdo derecho
 fue para su casa. Comenzó a llover
 a cántaros...
 tsssss
 ella no pudo escuchar la sombra
 que la seguía dos pasos más atrás

El estómago rugiendo
 las pestañas quejumbrosas
 sus mejillas incendiadas
 en aire invierno-junio

Pensaba en el sonido
 en la música
 que ya no disfrutaba
 y en el coro de sus amigas
 cuando almorzaban juntas

Alicia piensa que escribe
 mucho texto en ideas tan simples
 la mujer vendiendo sopaipillas
 él le habla al cachupín de la estación
 RUN-RÚN
 venta de libros
 venta de juanitos
 el sistema y el sonido detenidos
 llueve temporalmente
 BIP!

Joseph Vargas

Reglas de Silencio

Una madre e hijo subyugados por el abuso de un hombre-padre-patrón. En este relato de Joseph Vargas, crudeza y realidad coinciden con la contingencia, pero aquella que se formula en casa.

Esa tarde, mientras tomábamos once, mi papá comentó que su patrón le dijo que si entrábamos en cuarentena no podía faltar al trabajo, que él tenía un permiso especial y ahí se las arreglaba. Yo le dije que no correspondía y, antes de seguir explicando por qué, infringiendo la segunda regla de silencio, vi su mano pesada cruzando la mesa, dirigiéndose, como tantas veces, a mi cara tan delicada. Mi mamá también estaba en la mesa. No dijo nada. Era algo de todos los días. Eran tiempos de incertidumbre. Si alguien hablaba o contradecía la opinión del patrón de la casa, por ejemplo, sobre la desigualdad en el país, y en cuestión de segundos el alzamiento de su mano lo oscurecía todo.

Yo, por mi parte, recién había entrado a la universidad a estudiar derecho. Alcancé a ir un par de veces hasta que nos encerraron. A mis compañeros les parecía algo terrible, y a mí en cierta medida, también, pero estaba acostumbrado. Se lamentaban por la gente que tenía que salir a trabajar, que no podía darse el lujo de quedarse en casa, con los suyos; se lamentaban por el ritual ausente de observar los labios de la otra persona, escucharlos y sentirlos más cerca, con la risa, el abrazo. Para mí, todo eso era ajeno. He vivido en pandemia desde que tengo memoria. Mi madre también. Nuestro virus mortal no estaba afuera, en las aglomeraciones y hospitales, estaba en nuestro metro cuadrado, en la periferia de la ciudad. Tenía casa, pero no tenía hogar. Tenía vida pero no felicidad. Durante mi adolescencia sí salía con amigos y tuve un par de amores, pero ¿y mi mamá? ¿Qué hay de ella? Pobre mujer. Siempre quise hacer algo por ella, vengar su silencio cortando de raíz al abusador mal llamado papá, pero mis planes no tuvieron éxito. Nunca tuve la valentía de enfrentarlo, paralizar su cuerpo, acabar para siempre con él y sus reglas de silencio, que eran tres: La primera: aquel que habla en la mesa recibe gritos. La segunda: aquel que habla en la mesa y me contradice, recibe un golpe sin

previo aviso. La tercera y última: Quien se queje es libre de abandonar la casa, pero siendo consciente que su único destino es la muerte dentro de poco.

“Mi padre siguió trabajando. No por nosotros (...) sino por él, siempre él y sus vicios y sus visitas a prostitutas en Santa Ana después del trabajo. Mi madre nunca supo, apenas se atrevía a mirarlo”

Mi mamá, acostumbrada al silencio impuesto por mi papá, me habló pocas veces. Incluso estando solos seguía cumpliendo las reglas de silencio. Sus labios jamás pronunciaron un te quiero, no por ausencia de sentimiento, sino por miedo, por el miedo a que él, incluso estando lejos, cuando ella se juntaba con sus amigas, mientras esperaban el pan o cuando iba a la feria a comprar mercadería para la casa, se percatara de la violación a la tercera regla.

Mi padre siguió trabajando. No por nosotros —apenas nos dejaba cinco mil pesos para desayuno almuerzo y once; una vecina nos ayudaba regalándonos las cajas del gobierno— sino por él, siempre él y sus vicios y sus visitas a prostitutas en Santa Ana después del trabajo. Mi madre nunca supo, apenas se atrevía a mirarlo, pero yo sí, revisaba asustado su celular cuando lo dejaba encima de la mesa mientras dormía viendo el Morandé con Compañía, leía cada conversación con sus favoritas, como les llamaba él. “Amor, ¿vienes mañana?”, “Tengo una promoción para después de las 20:00hrs”, “Invitaré a una amiga, jovencita, como le gustan a usted”.

Y mientras mi madre... alma intranquila, mirada inocua y labios sellados, que duerme en su lecho junto a un cuerpo que la denigra todas las noches, manejado por un deseo de daño, mientras ella se ahoga en gritos de auxilio, y su miedo le dice no, hazlo por tu hijo. El silencio es por él. ¿Y el amor? Ni en libros ni teleseries.

Martín López

Apreciaciones en torno a la lavadora centrífuga

De la serie “Centrífugas” de Vicente Arrece

Basada en la serie de pinturas “Centrífugas” de Vicente Arrece, esta reflexión de Martín López muestra una posibilidad de subtexto (hecho texto) en la contemplación tanto del arte como de los electrodomésticos hogareños, los cuales, con su aparente banalidad, de pie forzado, dan un potencial ensayístico que cala hasta el Tao.

Las lavadoras en sus ciclos centrífugos alcanzan el apogeo de una correspondencia entre lo bruto y lo sutil, manifestación de una profunda dependencia entre el estrepitoso peso del aparato y la circulación leve y blanda de su contenido. Más allá del parentesco electrodoméstico, hallamos en las lavadoras una cierta semejanza con el microondas, el cual si bien pudiera parecer superior en el sentido técnico de su alcance a lo sutil, en el campo de la molecularidad, nos resulta en la práctica un espectáculo del todo imperceptible, y es que, este cae en la categoría de fenómenos en los que no nos queda más que creer, una clase de acontecimiento ante el cual, dada su escala, solo podemos maravillarnos imaginando según lo que nos contaron, faltos de una materialización perceptible de lo acontecido, y apenas quedándonos con el antes y el después de un pan con queso derretido que nos niega la experiencia del oscilamiento particular. En cambio, en la lavadora hallamos una experiencia manifiesta de lo mismo: lo que en el microondas es la espectacular rotación oscilante de las moléculas de agua de un compuesto y la fricción de sus partículas (microestructura ejem-

plar para el resto de las escalas), en ella podemos atestiguarlo en formas menos angelicales y más estrechas a la experiencia de mundo que nos compete, una en donde se desbordan las amorfosidades de los objetos, y en donde las estructuras elementales se nos aparecen siempre cubiertas de una heterogeneidad de accidentes e irregularidades. Por mucho que la desmaterialización exponencial del digitalizado mundo digitalizado en la actualidad tienda a cifrar las vidas en un código insustancial, nuestro mundo mundano es tosco y flácido y esta es una condición de la que, de momento, no se ha podido prescindir. Por lo que, si bien la dilución de la materia parece atender a nuestro siglo, la dimensión de los cuerpos no ha sido superada. Así en las lavadoras atestigüamos las posibilidades revolviéndose en la coagulación y desestrenimiento de la materia en viva calidad de sustancia. En las mismas lavadoras, los revoltosos ciclos de eso que varía sin nunca repetirse igual, chupando y estrujándose: “El Tao fluye sin cesar / pero en sus efectos no desborda jamás, / es como un abismo sin fondo / y parece ser el ancestro de toda cosa. / El embota sus asperezas / resuelve sus enredos / modera su esplendor / se hace uno con el polvo. / Es profundo y misterioso y sin embargo real”.¹

“En la lavadora se da lugar al inacabable ciclo de transformaciones materiales y retorcimientos de las infinitas formas y texturas, en ella giran vueltas trapos las prendas que son molduras de nuestros cuerpos: “Cielo y tierra no tienen humanidad / tratan a los hombres como a perros de paja”

“Las cosas frías se vuelven calientes; las calientes, frías. Lo húmedo se seca; lo seco se humedece”². Esta dinámica permanente de cambios de estado en la lavadora centrífuga se da más allá de la sutileza que implica operar desde la mera temperatura o las condiciones climáticas, dígame, lo que pudiera corresponderse a algún cuadro impresionista de sábanas tendidas al sol y los matices de su luz. La lavadora es esencialmente una mole aparatosa y, a pesar de las innovaciones técnicas, su presencialidad es ciertamente grotesca y agitada; su cualidad de ocupar el espacio invasivamente, no ha podido superarse. En la lavadora se da lugar al inacabable ciclo de transformaciones materiales y retorcimientos de las infinitas formas

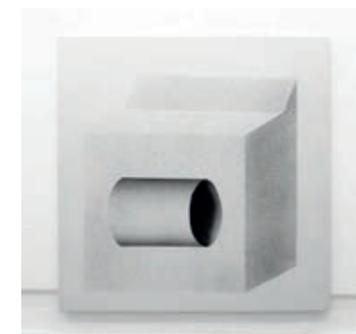
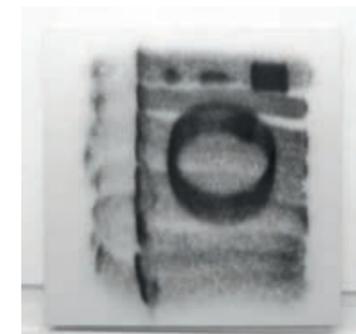
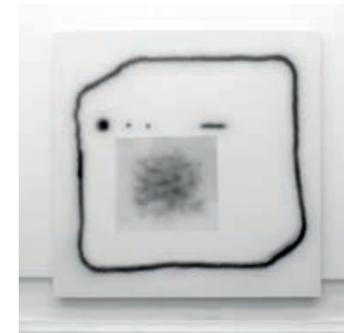
y texturas, en ella giran vueltas trapos las prendas que son molduras de nuestros cuerpos: “Cielo y tierra no tienen humanidad / tratan a los hombres como a perros de paja”³. En lo vuelto trapo atestigüamos el flujo de lo sólido (el olear de las montañas), el vuelco a la abstracción indeterminada por parte de los objetos concretos, y, por otro lado, la concreción de lo abstracto en la fenomenización de dinámicas elementales (“profundo y misterioso, y, sin embargo, real”). Cuerpos de trapo oscilando en saltos abruptos, sometidos a la renovación y despojo de su mugre hacia una nueva frescura, de pronto son suspendidos al reposo y coronados con la tintineante guinda de una aguda y feliz cancioncilla que nos anuncia el acabo del ciclo.

¹Lao Tse, “Tao Te King”. Traducción de Gastón Soublotte. Cuatro Vientos Editorial.

²Heráclito, “Heráclito y Diógenes”. Traducción de Cristóbal Joannos. Ediciones Tàcitas.

³Ibid ¹

⁴Ibid



Enrique Paredes y Alexandra Mora

Conversación con María Henríquez Menéndez a.k.a. La Perrita Loka

Esta entrevista no solo aborda un diálogo directo con María Henríquez Menéndez, mejor conocida como La Perrita Loka, revelando algunos datos de su vida, sino que invita a una reflexión sobre las personas detrás de las figuras de internet.

El 8 de marzo del 2017, en el grupo de Facebook “Villa Acero Padres”, la usuaria Yulianna Constanza Acosta preguntó a qué hora entraban los kínder al jardín de Villa Acero («quien sabe a ke ora dentran los kínder en el villa acero»). Un rato después aparece la apoteósica María Henríquez Menéndez, con dos comentarios que la catapultarían a un estrellato que ha perdurado hasta hoy en la *trash culture* de los bajos fondos de internet; esa que agrupa a divas virtuales, *shitposters*, colas, el espectro LGBT+, y entusiastas en general de los memes de la llamada generación Z: A la hora del pico, donde te sientas tú, perrita loca buena para el pico («A la hora del piko / Donde te sentay tu perrita loka wenw pal pikoo»). Esta frase un poco subida de tono se viralizó y convirtió a María, ahora mejor conocida como La Perrita Loka, en un personaje icónico para el imaginario de dicha cultura. Tanto la publicación como su foto de perfil de Facebook terminaron siendo una plantilla –molde predeterminado donde habitualmente se escriben o reemplazan frases– para creadores de contenido digital en asuntos humorísticos.

Nuestro interés en producir un texto que dialogue con ese fenómeno, vino de una aspiración por superar la barrera del internet: como integrantes de esa cultura, tan propia de la gente de nuestra edad, llevamos años encontrándonos con este tipo de contenido, que aparece, podría decirse, de la nada –es muy difícil rastrear el origen de una viralización como esta–, y que, casi siempre, se queda así, sin que sepamos más sobre las personas involucradas, quedando un espacio vacío, libre a la idealización. Romper esta barrera, entonces, abrir la caja del gato de Schrödinger,

significa una apuesta riesgosa, porque lo que vamos a encontrar nunca va a ser lo que veníamos buscando. Nos contactamos con María Henríquez Menéndez por redes sociales, y, tras negociaciones, acordamos tener una llamada telefónica para conversar con ella. Hay que aclarar, no se trata de una entrevista sobre asuntos teóricos, sino de una conversación accidentada con una persona que de forma igualmente accidentada obtuvo una notoriedad algo post-posmoderna en el caos selvático de las redes sociales. Atendemos a un interés borroso, cuestionable, pero que cuando se planteó como posibilidad, fue una hilacha en el chaleco: podíamos tirar de ella y ver qué pasaba.

“Le gustan las rancheras y a veces sale a bailarlas con sus amigas en un pub de por ahí, pero es más de casa”

Lo primero que nos cuenta es que le dicen Koty. Estábamos en una sala de estudio, y para marcar el número y llamar, hubo que superar un nerviosismo de especificidad ejemplar por lo bizarro de la situación en el sentido anglosajón de la palabra. Sobre el meme que le dio su fama nos contó que “na po, fue un meme no más, una talla por intermedio de la hija de un ex que tenía yo, entonces ella puso que a qué hora entraban los kínder en el Villa Acero, y ahí puse yo a la hora que te sentaí tú, perrita loca wena pal pico, y ahí empezó a circular como tipo meme. Yo me enteré el año pasado, pero ya sabía (tenía la sospecha), de que andaba por redes sociales. Y a ver, el año pasado me enteré, o este año... de que ya soy famosa ya. Me dijeron que me hiciera un instagram, un tiktok, toda la cuestión, porque igual entran lucas”. Lo siguiente que le preguntamos fue cómo se sintió tener ese descubrimiento, que te hayas vuelto famosa, muy famosa, de esta forma tan extraña: nos dice, sencillamente, que fue bacán, “es bacán ser así,

como alguien famoso y todo el tema”. ¿Le habla mucha gente ahora? Dice que claro, le habla mucha gente, “me dicen yo soy tu fans, y donde yo voy me dicen usted es La Perrita Loka”. Aunque sí le da un poco de vergüenza, confiesa, pero va a tener que tirar para arriba. Si ya es icónica. “Yo soy icónica, ya estoy jodida”. Profundizamos en el nacimiento de la frase que le dio su fama, preguntándole cómo se le ocurrió, de dónde salió eso. Fue de la nada –recuerda– “no lo pensé, llegué y lo tiré no más”. En cuanto a si conocía a la persona a la que dio esa respuesta bombástica, nos dice que sí, la conocía, pero que no compartía con ella. Entonces, ¿por qué se le ocurrió hacer esa talla? “De rabia”, revela, “porque yo siempre le tuve rabia a la hija de mi ex” aclarándonos que, más que una broma, un webeo, era una afronta, un desafío, a nada más ni nada menos que la hija de su ex.

Sobre ella, puede decirnos que es de Hualpén y que vive en el campo, en el campo campo, lo que le gusta porque es otro clima “otro ambiente, a eso me refiero”, donde tiene perros y tuvo gallinas, pero se las comió. Le gustan las rancheras y a veces sale a bailarlas con sus amigas en un pub de por ahí, pero es más de casa. Trabaja de ambulante, en la compra y venta. Le gusta ver tele solo por teléfono, hace tiempo dejó las telenovelas.

Cuando le contamos que hubieron rumores sobre que, en un principio, ella no quiso que se difundieran sus cosas por las redes, y que luego desapareció y reapareció como una heroína (antiheroína, quizás) por la importancia que tuvieron los memes –y entre ellos los de ella– en las votaciones del año pasado, 2021, nos responde que todo es mentira, “todo lo que dicen de los memes es mentira. Todo lo que sale de los memes es mentira”. Esto nos hizo pensar que, probablemente, estaba en absoluto desacuerdo con aquellos memes, que tenían una evidente preferencia política. No quisimos quedarnos con la duda y ahondamos en ello, llegando al punto de inflexión de esa idealización inevitable, y su respuesta fue: “Una mierda. Como país estamos más o menos, por el tema de la economía y el cambio de mando. Y ojalá se recupere Chile, porque con el presidente que tenemos no se salva nadie”. Para dar cierre a la conversación, le preguntamos a María Henríquez Menéndez a.k.a La Perrita Loka, si la habían contactado para hacer algo así antes, y resulta que no, esta fue la primera vez, “yo pensé que me iban a llamar para la tele... en cualquier momento me pueden llamar para la tele. Lo estoy esperando”.



Matilde Roca

Formas de salir de casa

Con completa consciencia y presencialidad, Matilde narra, a través de imágenes precisas, el trayecto físico y emocional desde su casa a la universidad.

Ignora la alarma, todavía te quedan 10 minutos antes del momento crítico en el que ya no queda tiempo para la ducha. Ignora que dormiste tres horas, que te quedaste hasta las cuatro viendo instagram, ignora que no tienes ni un gramito de ganas de levantarte.

Levántate, pasa por encima de tu ropa en el suelo, mañana sí, mañana pongo la alarma más temprano para alcanzar a levantar todo, y después ir a la universidad. Escucha al Pascal en la cocina, siente como eso te alegra el corazón. Corre a darle un beso, a subirlo en su sillita para darle desayuno. Escucha entrar a la Cayetana a la cocina, observa cómo intenta que Pascal no se suba a la mesa y se caiga. Mira cómo se ríe el enano tratando de enojar a su mamá. Mira como ella pone los ojos en blanco y después ríe con él.

Es momento de hacer una taza de café. La Ana rompió la cafetera. Busca algo para hacerlo, tal vez ese pedazo de tela que cuelga de un aro de metal. ¿Se inventó eso para hacer café? Ah, pero acuérdate que tenemos una cafetera chica, y tú eres una sola persona. Pregúntale a la Cayetana si quiere café y cuando te diga que sí, ya vas a estar oficialmente atrasada porque no te alcanza el tiempo de esperar la cafetera dos veces. No te va a importar, créeme. Todos llegan 15 minutos tarde a clases, incluso los profesores. Fúmate el primer cigarro del día y siente como te baja la presión y sube la ansiedad. Apúrate, porque vas a llegar tarde.

Métete a la ducha, ignora que el baño está congelado porque alguna de las chicas de la casa dejó la ventana abierta.

Pasa por alto que la ducha tiene sus defectos y sus trucos, de todas formas, ya que siempre estás atrasada, solo vas a estar un par de minutos. Prende el agua que nunca va a estar a la temperatura que quieres, usa el shampoo morado que deja toda la tina con manchas. No te va a dar el tiempo para secarte el pelo porque ese tiempo lo usaste en que el Pascal dejara de llorar con ese juguete que habla. Mierda, manché. Ahora la cortina está morada.

Qué largas tienes las raíces ya y la cara destruida por la mascarilla, qué mentira, si sabes que es el cigarro. Son las 9.20, ¿falta a la primera hora? No, ya has faltado mucho a clases. Ponte los audífonos y camina rápido. Pon algo que te ayude a llegar al metro en 7 minutos en vez de 15, ¿debería hacer el camino en diagonal que es más rápido, o el bonito? Camina siempre por el más bonito, te deja más tranquila. Para a mirar la embajada de la India que está abandonada, piensa en lo fea que quedó la muralla al lado, que pintaron color verde carabinero.

“Pasa por alto que la ducha tiene sus defectos y sus trucos, de todas formas, ya que siempre estás atrasada, solo vas a estar un par de minutos. Prende el agua que nunca va a estar a la temperatura que quieres, usa el shampoo morado que deja toda la tina con manchas”

En la esquina vas a ver un café que huele delicioso, ese que tiene flores azules en unos maceteros que cuelgan. Llegas al metro, ignora al señor que vende las frutillas que es un poco intenso. Señor, lo veo todos los días y nunca le he comprado frutillas, por favor no insista. Asústate sólo un poco cuando te diga que hay todo método de pago y te levante las cejas, pero míralo feo, que te asuste

no significa hacer como si nada. Súbete al metro. Que bueno que la estación está siempre vacía a esta hora.

Trata de leer sabiendo que no vas a poder, alguna banda de cumbia se va a subir con sintetizador y todo. Qué sorpresa va a ser cuando no se suba nadie y tú no hayas leído. Bájate del metro, escucha algo triste porque vas a ver a Lucas. No hablo con él hace dos semanas. Lloro un poco, tal vez,

no importa nada. No tienes amigos lo suficientemente cercanos como para que te pregunten si pasó algo. Es martes, Lucas no tiene clases los martes.

Llega a la Universidad, fúmate el cigarro que sí se disfruta, olvídate de por qué estabas tan apurada, total ese profe no pasa nunca la lista. Pon atención a la siguiente clase, obvio que eso va a compensar no haber entrado a una completamente distinta.

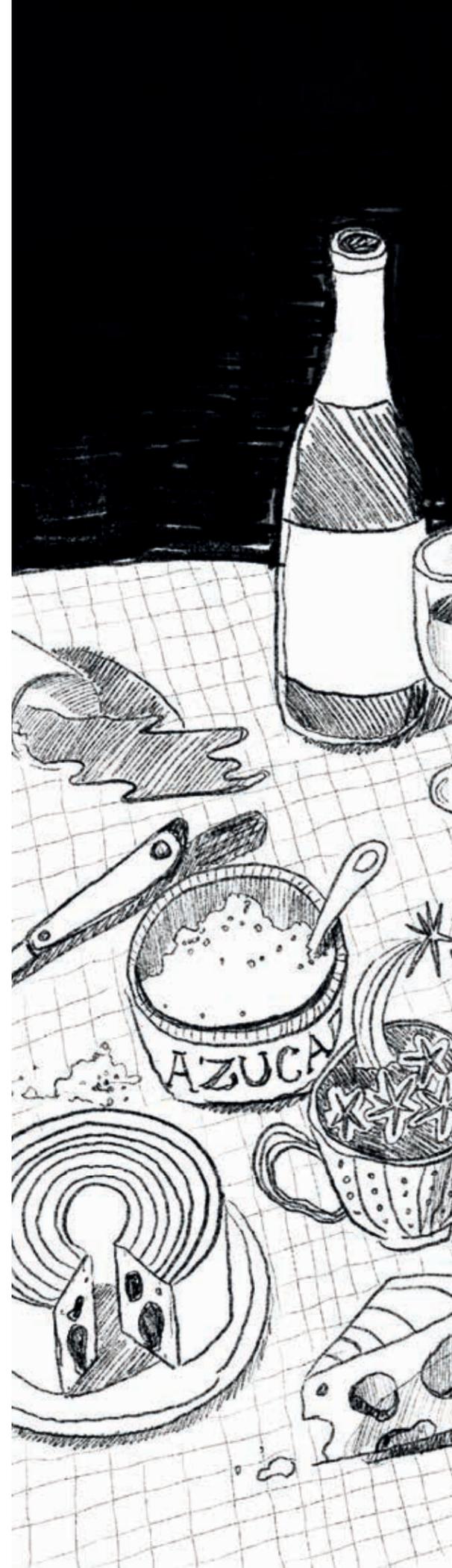


Nicolás Federsfield

SOBREMESA

porque
 el mundo no es
 una taza de leche
 pero es
 por eso la Vía Láctea
 porque
 la luna no es
 un trozo de queso
 pero parece
 por eso los ratones
 sólo salen de noche
 porque
 el azúcar no es
 saludable
 pero endulza
 por eso las mentiras
 y nuestras esperanzas
 porque
 la sangre no es
 una copa de vino
 ni el cuerpo una hostia
 pero representa
 por eso los cristianos
 porque
 el cuchillo no es
 parte del corazón
 pero puede
 por eso la desconfianza
 y porque
 así sucesivamente
 pero
 ¿Quién puso la mesa?
 y
 esas ventanas

a modo de paisaje
 ese techo
 parecido al límite
 esas puertas
 como oportunidades
 esa bodega
 en nombre de Diógenes
 ese jardín
 equivalente a la promesa
 esas escaleras
 similares a la paciencia
 y ese peldaño
 al progreso
 pregunto:
 ¿Quién puso la casa?
 o
 mejor dicho
 ¿Cuándo nos mudamos
 a este barrio
 a esta ciudad
 a este país
 a este mundo?
 ¿Quién lo puso en la mesa?
 cuando
 no es
 una taza de leche
 pero es
 y así sucesivamente



Valentina Letelier

Teléfono fijo

Una niña espía las conversaciones de su abuelita con sus amigas, a través del auricular del teléfono fijo de su casa.

Tenía cinco años, mi mamá trabajaba de lunes a domingo de cajera en un supermercado y mi papá llevaba varias semanas sin llegar a la casa. Lo echaba de menos, pero a veces me llamaba: cada vez que sonaba el teléfono y era él, me ilusionaba, corría a contestarle, me decía que estaba en la Antártica en una misión secreta salvando a los pingüinos, pero que pronto iba a volver a estar conmigo. Por eso mismo, pasaba las tardes con mi abuela, que como toda buena dueña de casa, vivía corriendo: cuidaba a sus nietos, hacía tortas, iba a misa todos los domingos, era voluntaria en una parroquia y se encargaba de solucionarle la vida a sus amigas.

Mis días se basaban en jugar con mis muñecas y en estar con mi abuelita que, cuando no estaba ocupada, me leía cuentos o hablaba por teléfono con sus queridísimas amigas. Para mi buena suerte y mala de ellas, en la casa teníamos dos teléfonos: uno en el *living* y otro en el comedor. Mi abuela siempre contestaba el del comedor y yo espiaba sus conversaciones con el del *living*.

Una vez, la señora Clementina la llamó para decirle que no sabía qué hacer, porque a su nieta, al parecer le gustaban las niñas. Mi abuela le dijo que se quedara tranquila, que eran cosas de la juventud, pero la señora Clementina insistía en llevar a su nieta a un psicólogo. Meses después, la volvió a llamar, le contó que llevaba semanas sin hablar con su nieta: "la chiquilla se ofendió con lo del psicólogo parece", le dijo la señora Clementina, "pero obvio que se iba a ofender, po", le dijo mi abuela, quien, tras una larga conversación, convenció a la señora que le pidiera perdón a su nieta, que la aceptara y que, sobre todo, la quisiera.

En otra ocasión, me acuerdo que la llamó la María, una señora que también era voluntaria en la parroquia y que estaba pasando por problemas económicos; su marido llevaba como un año enfermo y la jubilación no les alcanzaba: "yo ya no sé qué más hacer, Carmencita, con el Lucho ya no nos alcanza pa na, ni pa comer", le contaba la señora mientras sollozaba. Mi abuela le organizó un bingo en la iglesia y tiempo después, me di cuenta que le prestó plata, mucha plata. Recuerdo que mi mamá y mis tías, en el almuerzo del día domingo, la retaron por ser demasiado buena.

“Para mi buena suerte y mala de ellas, en la casa teníamos dos teléfonos: uno en el living y otro en el comedor. Mi abuela siempre contestaba el del comedor y yo espiaba sus conversaciones con el del living”

La llamada que más recuerdo, y la que más me duele, es la de Laura, la vecina, una mujer de 30 años que siempre le decía a mi abuela que la quería como a una mamá. La Laura le decía que estaba mal, que su relación no daba para más, que se iba a separar porque su marido le hacía daño de todas las maneras posibles. Mi abuela primero la tranquilizó y después le dijo algo que me impactó: "Ay, Laurita, le voy a decir lo mismo que le dije a mi hija que se separó hace poco... Eres una mujer valiosa, hermosa, joven e inteligente; capaz de comerse el mundo; quíetele y deja a ese tipo. A mi hija le ha costado, su marido la dejó tirá. Más encima, tiene una chiquitita de cinco años, pero poco a poco, ha salido adelante". Desde ese día no volví a escuchar las conversaciones de mi abuela.



Isidora Campano N.

Historia de las suposiciones

Isidora Campano reflexiona sobre las infinitas referencias que existen en torno a una obra; esas que el lector arma en base a lo que no se dice, en el engaño, la anécdota y el juego, construyendo así el sentido de los relatos y de la realidad misma.

Todo estudio o teoría del arte analiza las influencias, los referentes y las conexiones de donde —eventualmente— esa manifestación artística nace. La literatura es, quizás, el mejor ejemplo de ello. Se habla de intertextos, de hipotextos, de paratextos al analizar una obra literaria tratando de encontrar alguna pista que asegure que lo que se lee es como de verdad creemos que lo estamos leyendo. Pero el tema es más profundo y complejo: le asignamos un sentido a una novela, a un poema, a un cuento; damos por —más o menos— seguro su origen de acuerdo a lo que creemos conocer porque lo investigamos, avalamos y argumentamos. Pero —otro pero— ¿y si eso que creemos, que investigamos y que aseguramos es también una ficción, una suposición más dentro de la historia de interpretaciones literarias? Es ahí donde podría estar el secreto mejor guardado del arte-literatura: en suponer que un autor escribe su obra basado en un hecho más o menos real, con referentes también más o menos reales, todo transformado en ficción —obvio— pero ahí estamos intentando descifrar. Ejemplos de autores que se especializaron en jugar con —y engañar— con sus referencias hay muchos: Borges con su *Pierre Menard autor del Quijote*, su sinfín de citas falsas en su sinfín de escritos; Cortázar con sus frases en alemán, en francés, en (des)órdenes inventados que más que apelar a un lector ideal, busca poner a prueba su evidente paciencia/ignorancia; Quevedo parodiando a otros escritores de su época (a Góngora) usa frases en latín “porque así parece más culto”; Vicente Huidobro contando cómo se hizo una herida en la guerra para hacerse más interesante.

El origen de una obra literaria siempre será el mejor

secreto de su creador. Podrá decir mil cosas y podrá explicar mil veces de dónde él cree que esta nace, pero hay una red de suposiciones y referencias que nosotros mismos nos encargamos de construir y “comprobar”.

Vemos la influencia de Cervantes en Unamuno porque este último decidió reescribir *El Quijote* y creó su propio estilo de novela —la nivola— tal como Cervantes afirmó ser el primero que había novelado en lengua castellana. Vemos esa influencia porque el mismo Unamuno lo aseguraba, y dijo que sus “*Novelas Ejemplares*” eran como las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, también, pero mejores. Cuando leemos los *Sonetos de la Muerte* de Gabriela Mistral se cuelan los sonetos existenciales de Quevedo, así como el Creacionismo de Huidobro huele a Mallarmé y a Apollinaire. Todo eso lo “vemos” porque estamos instruidos para hacerlo.

“Lo real, pero lo real-real (¿existe?) es lo que no decimos, pero está y se cuele y aparece en esas anécdotas medio ingeniosas y sentimentales que leemos”

Y hay más: saber la historia de vida de un autor —esa de la que él no habla y de la que muchos críticos prefieren no hablar— puede iluminar nuestra lectura construyendo otro sistema de referencias y sentidos no explicitados por ese autor. Ahí está el caso de Benito Pérez Galdós que, afirmando ser la voz de la clase burguesa española, en gran parte de sus novelas y cuentos pone a personajes femeninos con títulos nobiliarios (condesa, duquesa), riéndose de una aristocracia mal perfilada (*¿Dónde está mi cabeza?*, *La desheredada*, por ejemplo). Pero es que Pérez Galdós tuvo un romance con Emilia Pardo Bazán —la condesa Pardo Bazán— y al saber ese dato, se entiende la serie de referencias a ese estamento social y la ironía con que lo trata. No está demás decir que ese romance no terminó bien, de ahí la burla en sus menciones.

El caso de otro español, Ramón Gómez de la Serna, que sostuvo un largo romance con otra figura de la escena intelectual española, Carmen de Burgos (Colombine), mayor que él y defensora de los derechos de la mujer. Esta historia tampoco terminó bien y Gómez de la Serna toma su revancha en la novela *La viuda blanca y negra*, un lujo de relato donde el clásico conflicto eros-thanatos adquiere una nueva dimensión.

Defendemos la ficción en el arte y la literatura porque solo a través de ella podemos reestructurar la realidad. Construimos nuestra realidad en base a esas ficciones —asumidas como tales, por lo hipotéticas— porque esa es la historia que nos sustenta. Lo real, pero lo real-real (¿existe?) es lo que no decimos, pero está y se cuele y aparece en esas anécdotas medio ingeniosas y sentimentales que leemos. Cervantes no habría escrito *La elección de los alcaldes de Daganzo* si no hubiera conocido los entretelones de la política monárquica española; Clarín no hubiese escrito *La Regenta* si no supiera de fuentes directas las absurdas censuras al comportamiento femenino; María Luisa Bombal no hubiese escrito *El árbol* si no hubiese padecido las exigencias de una sociedad chilena elitista, viñamarina y patriarcal, ni María Carolina Geel hubiese escrito *Cárcel de mujeres* sin su condena de tres años por disparar al hombre que amaba, ni Mercedes Valdivieso hubiese escrito *La brecha y Maldita yo entre las mujeres* si no hubiese vivido en carne propia la experiencia de ser silenciada por un mal entendido cánón intelectual. Así la literatura se nos ofrece como una vía de subsistencia —y resistencia— aparentemente ficticia, con lazos descubribles hacia la realidad. Aparece ahí la necesidad de referencias.

La historia de las referencias literarias es la historia de las suposiciones mejor documentadas. La historia de la humanidad, incluso, puede ser la sucesión de ficciones mejor contadas que de tanto repetirse, termina transformándose —o creyéndose— como realidad. Eso que el arte nos cuenta es la verdad disfrazada de fantasía.



Javier Fernández

A la cuenta de 3

Javier Fernández reflexiona sobre la recursividad del lenguaje y la importancia del registro oral en nuestra producción discursiva, explicando cómo el patrón de a tres de los cuentos de hadas, conecta con una perforación lobular facha.

“3. — Síntesis espiritual. Fórmula de cada uno de los mundos creados. Resolución del conflicto planteado por el dualismo. Hemiciclo: nacimiento, cénit, ocaso. Corresponde geoméricamente a los tres puntos y al triángulo. Resultante armónica de la acción de la unidad sobre el dos. Concierno al número de principios y expresa lo suficiente, el desenvolvimiento de la unidad en su propio interior. Número idea del cielo y de la Trinidad”.

(Diccionario de símbolos. Juan Eduardo Cirlot)

Iba pasando por fuera de mi colegio cuando vi a una adolescente en un auto decir, sin que yo pudiera advertir contexto alguno:

—Al hacerse aros, y en las urnas, derecha, siempre derecha.

En aquel momento pensé que sería desquiciado preguntarle el contexto de la frase; lo cierto es que nunca la olvidé. No por ser facho, sino principalmente por dos cosas. Primero, porque no me quedaba claro el motivo por el cuál preferir una oreja por sobre la otra. Me generaba mucha intriga conocer el fundamento detrás. Segundo, por la manera en que me remitió de manera concreta, y hasta vulgar, a la experiencia de lo recursivo en el lenguaje oral. Me recordó a los cuentos de hadas y su obsesión con que todo venga de a tres.

Situaciones como estas nos permiten reflexionar sobre la oralidad. Y hacerlo es, de alguna u otra manera, reflexionar sobre la historia de la humanidad. Ya decía Roland Barthes: “[...] el relato está presente en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las sociedades; el relato comienza con la historia misma de la humanidad; no hay ni ha habido jamás en parte alguna un pueblo sin relatos; todas las clases, todos los grupos humanos tienen sus relatos y

muy a menudo estos relatos son saboreados en común por hombres [y mujeres] de cultura diversa e incluso opuesta”.

Este hecho universal de la existencia de relatos (que no implica una homogeneidad de estos), sí permite reconocerlos como un elemento originario, remoto de la experiencia que significa ser humanos. Estos relatos arcaicos, de más está decirlo, no existían de manera escrita, sino orales, al igual que la afirmación de la protagonista de mi anécdota. El registro oral caracteriza toda la producción discursiva de inicios de la humanidad, por lo cual el discurso iba, de todas formas, asociado a los recursos que esa modalidad considerara necesarios.

“Me recordó a los cuentos de hadas y su obsesión con que todo venga de a tres”

Particularmente, se dice que los relatos son la forma más antigua de comunicación entre los seres humanos. Así lo afirma Justyna Matwiejczyk en el sitio web de Cambridge, quien sistematiza algunas consideraciones sobre los relatos basándose en el libro *Winning Minds* de Simon Lancaster. En el artículo de Matwiejczyk se explica que los seres humanos hemos evolucionado para preferir todo en patrones, como mecanismo de supervivencia. Los relatos son patrones de eventos y/o información. A partir de ellos, señala la autora, los humanos somos capaces de extraer sentido y predecir secuencias de eventos y roles en los personajes.

Esta es una de las interpretaciones más difundidas respecto del por qué usamos esquemas discursivos prefabricados. Recurrir a patrones, como lo es la regla de que todo suceda tres veces, o las comparaciones y metáforas, permite a quien relata recordar y darle forma a su narración. Por lo tanto, es posible conectar, entonces, a los relatores y las *conteuses* de lo que hoy conocemos como cuentos de hadas, con la joven que hizo el paralelo entre el sufragio y la mutilación lobular con fines estéticos.



Úrsula Vallejos

Mar alcohólico

En este relato íntimo la protagonista hace un ejercicio de memoria; se adentra en las olas del mar para recorrer su infancia, la relación con su madre y su afán por la literatura.

Estoy en el vientre de mi madre: una tina llena de agua caliente emanando aroma a lavanda de un jabón de la tienda Lush. Pienso que no estoy en una casona de campo, sino dentro de mi baño ciudadano. En el piso dieciséis de un edificio lleno de ventanas naranjas, que guardan esas historias nocturnas que me gustaba imaginar cuando escribía en el anonimato de mi balcón. Antes de perder mi cotidiano; esa noche que ella me gritó a las dos de la mañana que me fuera. Que no quería verme más.

Hundo la cabeza e imagino que estoy, otra vez, dentro de esa bolsa de agua que carga mi madre de, entonces treinta años. Escucho un murmullo, el sonido exterior de la paila en la que mi papá prepara huevos revueltos. Lo imagino con una barba frondosa, con un sweater tibio, con cara de joven, esperanzas de joven. La tetera suelta el grito de un bebé recién nacido. Suena en la radio *La Hora del Taco*. Ella, en la habitación contigua, acaricia su guata abultada con la mano izquierda. Con la derecha, sujeta un cigarro que fuma a escondidas, pero en calma, en ese living de luces tenues, donde viven junto a su perro Cerveza. En la que cuelgan los cuadros hechos por la artista marina que me lleva dentro.

Me entrego a los sonidos acuáticos. Aún no nazco, imagino mientras aguardo con los ojos cerrados. Pero esos susurros con forma de burbujas emergiendo se interrumpen por otros. Son melodías confusas. Me asusto porque no hay forma de que lleguen los sonidos de las casas aledañas.

Me calma pensar que mi tina, con contacto directo a un suelo de tierra virgen, me transmite señales mundiales. Tal vez estoy escuchando una pareja que discute en Francia y prendió la radio para que nadie los escuche. O la música de un poeta solitario que lee el diario sentado en la mesa. No, oigo a Rosalía cantar *La Combi Versace*. Tu pelo azabache. Ella lo tiene negro como una noche sorda. La última vez que hablamos fue esa madrugada. Su pelo estaba corto, con mechones rígidos que enmarcaban sus ojos alcoholizados. Pero quiero imaginarla linda, con mejillas de color amapola y el cabello largo mientras espera mi nacimiento, junto a mi papá, que cuenta, con un reloj de muñeca, el intervalo de minutos en los que se presentan las contracciones, listos para partir a la clínica. No sé cómo fue que dejé de ser la hija de mi mamá, de la sirena triste que lloraba la noche entera con la única compañía de una botella de *gin tonic* envuelta en papel de diario.

“Un fondo de sol naranja como yema de huevo, un camino de tierra alargado y flaco. Al final estabas tú, buscándome en medio de esas casitas de madera (...) Esos ojos que buscan respuesta, esas alas emplumadas que intentaron protegerme de niña”

Sus vestidos eran lindos. Los miro, a veces, en esas fotos guardadas en un álbum viejo. Detrás, con trazo irregular, tienen puesta la fecha entre las palabras impresas: “Kodak. Proteja sus recuerdos. Fotografías de calidad”. Kodak no me protegió de perderla. Las fotografías de calidad quedaron reducidas a un papel. Recuerdos anulados, botados al basurero doloroso de la memoria. Publicidad engañosa. Comienza *Sakura: reírme cuando tenga ochenta* y miré pa atrás. Me pregunto si mi madre ríe, si reirá a los ochenta.

Qué verá cuando mire hacia atrás. Una de las últimas noches en el departamento pusimos *La noche de Anoche* en la tele grande de su pieza. Ella puso el volumen al máximo. En su vida todo es al máximo. Cree que Bad Bunny y Rosalía son pareja. No cabe duda, decía mientras bailaba reggaetón, a pesar de que no le gusta. No entendía completamente lo que hablaba. Se encerraba en el baño cada par de minutos, la pequeña tapa tintineaba en las baldosas al caer al suelo. "Nunca me ha dado miedo la risa de un loco, más miedo me da el que miente o el que ríe poco", suena la voz angelical. Ella decía ser una loca de cementerio. Me insistía: "Busca qué significa, vas a entender mucho sobre mí". Nunca me atreví. Esa noche hice las maletas rápido, no había tiempo, era una cuestión de vida o muerte. Mi álbum de fotos, una caja de lata con cartas de mis seres queridos, las rosas falsas, el collar que me regaló mi padre, mis libros pendientes y mis favoritos. Me aleteaba el corazón rápido. Me hubiese gustado dejarle una carta:

"Madre marina: Qué difícil escribirte sin pensar en la literatura y en los intensos vínculos familiares que nos rodean. Para mí tú eres un mar rugiendo, una ola que va y viene. Tú eres el mar: en mis escritos ese es el vientre materno. Mi alma ruge letras. Tu océano ruge intensidad y violencia. Agua salina convertida en alcohol. Te intenté ayudar tantas veces. Nací queriendo protegerte, queriendo salvarte.

Hay un recuerdo instalado en mi memoria; te pienso siempre en ese camino de Pichidangui, cuando me devolví a buscarte porque estabas perdida mientras yo te esperaba, a dos cuadras, en una feria a la orilla de la playa. Me llamaste: "ven a buscarme, por favor". Cuando te encontré te vi con esos ojos perdidos de madre pájaro, como carentes de enfoque. Me acerqué a ti y vi una imagen que, supe, debía estar en mis escritos.

Un fondo de sol naranja como yema de huevo, un camino de tierra alargado y flaco. Al final estabas tú, buscándome en medio de esas casitas de madera. Me acerqué a ti y pensé que eras un ave costera. Esos ojos que buscan respuesta, esas alas emplumadas que intentaron

protegerme de niña. Esas alas que hoy están rotas. "Tan despistada, mamá". Te abracé. Agua y paz. Pero olías a alcohol. Llenarías el océano de tu alcohol. Por favor, búscame cuando decidas internarte en una clínica de rehabilitación, como tantas veces, y te gradúes. Iré con un ramo grande de flores, con un vestido lindo y el pelo en una trenza. Estaré orgullosa de ti. Te quiero, siempre".

Reposo aún con los ojos cerrados en estas burbujas aromáticas. Miro esos recuerdos. Ella me gritaba que nunca llegaría a ningún lado. "Estás sola. Siempre vas a estarlo". Yo le respondía que saldríamos de esto juntas, que la ayudaría, que sus palabras no eran reales. Pensaba en sus vestidos, en el mar, en mi padre contando los minutos. En el chillido de la tetera. El humo que entraba en el cuerpo de ese vientre gestante. ¿Por qué nadie pudo protegerme? ¿Por qué no pude salvarla? ¿Qué hacía yo, a los ocho años, dentro de un auto que conducía mi madre ebria? Ella lloraba en el balcón con los pies descalzos. Le llevaba una manta. Mientras bebía sentada contemplando la luna, yo, adentro, escribía rápido. Ella caía en un agujero adictivo y, mientras intentaba rescatarla, pensaba en la literatura, mi salvavidas de este tsunami materno, mi alcohol. Pensaba: por cada *gin*, un libro leído. Por cada *w*, un cuento escrito.

Saco la cabeza del agua. La música ya terminó. Tal vez todo terminó. Sólo queda un silencio tan grande como el negro del cabello estrellado de mi madre. Queda esa agua del vientre materno que se va, despacio, por el drenaje, comenzando su camino hacia el mar. Pero no todo está perdido. Mi papá me toca la puerta: "hijita, la tetera ya hirvió".





@astarteaeitorial @astarteaeitoria @AstarteaE www.linktr.ee/astarteaeitorial



LA POLLERA

@lapolleraediciones @lapolleraediciones @lapollera www.lapollera.cl



APARTE

@editorialaparte @Aparteitorial @AparteEditorial www.editorialaparte.cl

Elena Meneses

Reseña: El zorro y el sabueso fuera de Disney

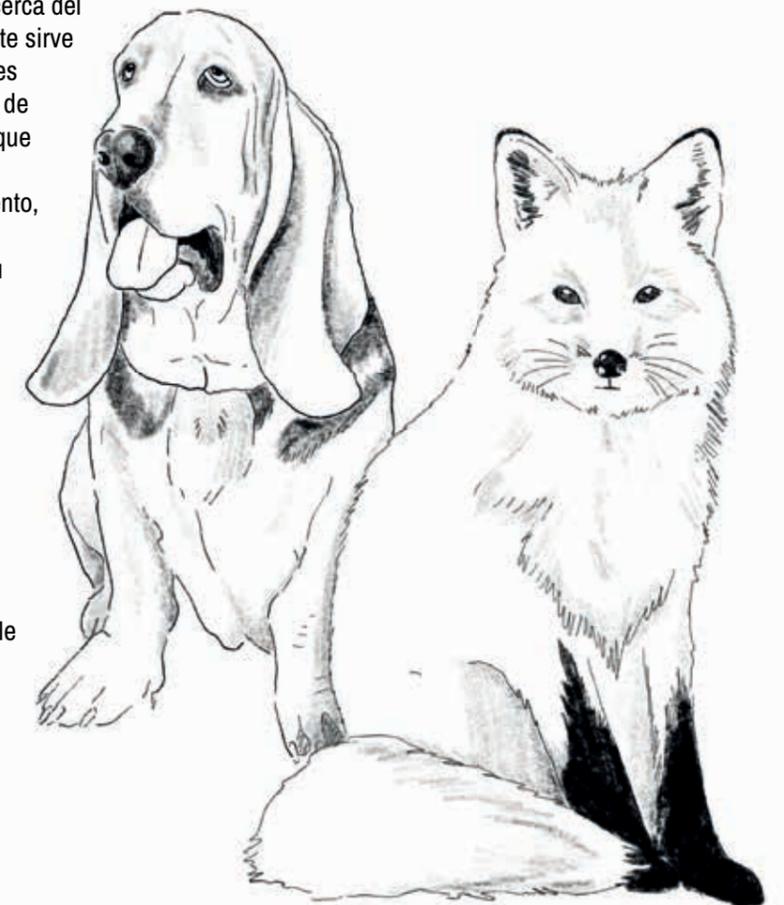
(*The Fox and the Hound de Daniel P.*)

Al principio pensé que era un libro que funcionaba, es decir, que al menos con el contenido estaba conforme, pero en las últimas páginas el final se me hizo tan efectivo y cruel, que no tuve otra opción que ponerle las cinco estrellas en *Goodreads*. Definitivamente no es una novela para niños: no hay similitudes entre la película de Disney y esta, a excepción de los nombres de los personajes.

rumbo menos emotivo que estaba tomando la historia – después de ciertas cosas que me habían dado pena un poco antes– pero luego, en el último capítulo, vuelve toda la intensidad emocional y eso me pegó como una patada en la guata. Me encantó este libro y espero que pronto pueda encontrarlo en formato físico, no solo para mirar las ilustraciones hermosas que tiene, sino que, además, para sumarlo a mi colección personal.

La historia trata de las vidas paralelas de un perro y un zorro que se desempeñan como cazadores. Acerca del primero, Copper, se narra la manera en que este sirve a su amo, de la relación que tiene con sus pares perrunos —la cual no está exenta de celos— y de la felicidad que le da al cazar y cumplir con lo que se le ha encomendado. Del zorro, Tod, por su parte, se describe la forma en que busca alimento, los instintos reproductivos que lo asaltan, y las dificultades varias de la subsistencia suya y su familia en la vida salvaje.

Tod fue el personaje que más captó mi interés, especialmente por que la novela se detiene con mayor profundidad y, además, por la preocupación de parte del autor de representar una vida animal lo más cercana a la realidad. Aunque no deja de ser cierto que, en ocasiones, por esa mayor profundidad otorgada al relato sobre Tod, este se vuelve un tanto monótono, pero sin duda vale la pena. ¡Me encantó leer un personaje animal desde una perspectiva más salvaje que humanizada! Y respecto al final ya estaba contenta del



Alejandro Palacios

PERRATO @pelaespalace



CATHARTES EDICIONES

@cathartседiciones

@CathartesEd

www.cathartседiciones.com



@alquimiaediciones

@editorial.alquimia

@AlquimiaEd

www.alquimiaeditorial.cl

Grifo



udp